



**LAS ACLI COMO MODELO DE REFERENCIA EN LA
FUNDACIÓN DE LA HOAC (1946-1961)**

***THE ACLI AS A ROLE MODEL FOR THE FOUNDATION OF THE
SPANISH HOAC (1946-1961)***

BASILISA LÓPEZ GARCÍA

Recibido: 23/05/2022

Aceptado: 21/09/2022

RESUMEN

El objetivo de este artículo no es otro que tratar de acercarnos a las relaciones internacionales de la HOAC, con especial interés a las relaciones con Italia y sus organizaciones católicas obreras de posguerra, tomadas como referencia por la jerarquía española en el momento de su fundación. Un estudio comparado de la naturaleza de las ACLI y de la HOAC señala no solo la imposibilidad de implantación del modelo en la España nacionalcatólica, sino también los conflictos provocados por el mismo en la coyuntura cambiante que va del aislacionismo español a la Guerra Fría. La necesidad política de contar con una base obrera para futuros partidos democristianos chocó con la necesidad pastoral de su evangelización. La metodología de la ACE especializada y el convencimiento de militantes como Guillermo Rovirosa hicieron inviable el proyecto jerárquico.

Palabras clave: Democracia Cristiana, evangelización, movimiento apostólico, movimiento social.

ABSTRACT

This article mainly aims at providing an approach to the international relationships of the Spanish Catholic Fraternity of Workers (Hermandad Obrera de Acción Católica or HOAC in Spanish) and, especially, its connection with the catholic organizations of workers in post-war Italy, which inspired the Spanish Church hierarchy leading to the foundation of the HOAC. A comparative study between the nature of the Christian Associations of Italian Workers (ACLI) and the HOAC does not only reveal the impossibility of implementing the model during the times of National-Catholic Spain, but also the conflicts provoked by such model during the changing period of time between the Spanish national isolationism and the Cold War. The political need to rely on a working-class grassroots support for future Christian Democratic parties clashed with the pastoral need for their evangelization. The methodology of the specialized Spanish Catholic Action (ACE) together with the strong will of some militants such as Guillermo Roviroso made the political project fail.

Keywords: Christian Democracy, evangelization, apostolic movement, social movement.

I. INTRODUCCIÓN

Terminada la Guerra Mundial, en pleno aislamiento internacional, el nombramiento de Martín Artajo como ministro de Asuntos Exteriores tuvo como objetivo abrir una vía diplomática para conectar con la naciente Europa democrática de posguerra en un intento de obtener el apoyo del Vaticano. Se trataba de vender en Europa la idea de una España vencedora frente al comunismo y restauradora de los valores cristianos enraizados en una cultura común alejada de las potencias fascistas vencidas en la guerra.

Ese mismo año, 1946, se produce un hecho de gran importancia para el obrerismo católico español, la visita *ad limina* de los obispos españoles a Pío XII. En ella el pontífice transmitió al recién nombrado cardenal Enrique Pla i Deniel su preocupación por la situación española, especialmente por la posibilidad de la reanudación de la guerra ante la caída del nazismo y el fascismo en Europa. La posibilidad de cambios aún inciertos hacía necesaria la adecuación de la Iglesia española a una nueva situación. Igualmente, el papa recriminó a los obispos españoles la escasa sensibilidad mostrada hacia la problemática del mundo obrero, actitud que abría las puertas a ideologías no deseadas en el mundo del trabajo; para ello era necesario poner en pie organizaciones, como

las ACLI (Associazioni Cristiane Lavoratori Italiani), que hicieran posible una renovación en el campo del apostolado obrero.

Bajo el manto de la Acción Católica Española (ACE) y las *Normas Generales para la Especialización Obrera*, nacen en 1946 la Hermandad Obrera de AC (HOAC y HOACF) y la Juventud Obrera de AC (JOAC y JOACF) para el apostolado obrero en el campo adulto y juvenil, considerando que el amparo de la Acción Católica las alejaría de injerencias falangistas. El Consejo Superior de Hombres de AC, a través de su presidente Santiago Corral, encargó a Guillermo Roviroso extender la HOAC por las diócesis y poner en pie una experiencia de apostolado que superara las tentativas históricas de acercamiento de la Iglesia al mundo del trabajo: la lacra del amarillismo, el talante paternalista que, lejos de establecer una relación efectiva y solidaria con la clase obrera, la alejaba de su ambiente dejándola sin identidad, desclasándola, y el anticlericalismo latente e hiriente, la apostasía de las masas. Recristianizar el mundo obrero desde el ideal de una Acción Católica Especializada era una tarea difícil. Se necesitaban apóstoles para el mundo obrero formados en las nuevas tendencias que van surgiendo en Europa: el obrero apóstol del obrero, la evangelización por los iguales.

El nacimiento de los Movimientos Apostólicos estuvo ligado a la necesidad de conjugar intereses de distinto signo; por una parte, evangelizar a sectores tradicionalmente olvidados, y, por otra, dotar a la Iglesia española de organizaciones que a corto y medio plazo pudieran convertirse en la base obrera y sindical de partidos democristianos. En última instancia “se pretendía dar cobertura en un futuro a la formación de dirigentes católicos obreros y no obreros”. La formación de dirigentes debía conectar, desde el punto de vista de las relaciones internacionales, con la nueva situación europea, integrándose en el mayor número posible de organizaciones católicas. Así, la presencia internacional de políticos españoles vinculados a la ACE hizo posible la presencia de miembros de los recién creados Movimientos Apostólicos Obreros en foros internacionales, empezando por los italianos.

II. LAS ACLI EN LOS ORÍGENES DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES DE LA HOAC

Las manifestaciones del internacionalismo obrero como aspiración, uno de los rasgos identitarios del Movimiento Obrero, son tempranas en la historia de la HOAC. El semanario *¡TÚ!*, órgano de difusión de la HOAC entre 1946 y 1951, ya contaba con una sección en la contraportada que, bajo el título *Así va el mundo*, publicó noticias de ámbito internacional, entre las que destacan los

artículos dedicados a la OIT firmados por José A. Vidal Sales y las noticias procedentes de las ACLI italianas y la ACO (Acción Católica Obrera) francesa.

Las relaciones internacionales de la HOAC parten, en su origen, del modelo aclista italiano que se tuvo en cuenta como referencia en el momento de su fundación. Las ACLI, fuertemente vinculadas a la Democracia Cristiana (DCI) en la Italia recién liberada, habían nacido en la difícil situación de la posguerra. Sus militantes, convencidos de que el mejor servicio que podían prestar a la clase obrera era trabajar por la unidad sindical, se encontraban integrados en la CGIL (Confederación Italiana del Trabajo), constituida a partir de la Declaración sobre la realización de la unidad sindical, conocida como Pacto de Roma, en junio de 1944, declaración suscrita por la mayoría de partidos y líderes sindicales, entre ellos “Giuseppe Di Vittorio, Achille Grandi y Emilio Canevari, en representación del PCI, la DC y el Partido Socialista”. La unidad sindical italiana fue, por tanto, fruto de un acuerdo entre partidos políticos que la veían necesaria en la difícil tarea de la reconstrucción. El equilibrio sindical logrado en los primeros años de la Liberación se mostró frágil debido a la aparición de continuos movimientos en su interior para frenar la supremacía y la influencia del PCI. Las ACLI se presentaron como “la expresión de la corriente cristiana en el campo sindical”, y se convirtieron en el modelo a seguir por la jerarquía española dentro de la AC, para evitar roces e injerencias del sector falangista que había monopolizado la vida sindical española desde 1939.

La presencia de la HOAC en los foros internacionales arranca de la invitación cursada por las ACLI a la Comisión Nacional de la HOAC en 1950 con motivo de su III Congreso en Roma. A él acudieron Manuel Castañón, presidente de la HOAC, ferroviario de profesión, y Esteban Busquets, periodista y director del semanario *¡TÚ!* De esta primera presencia internacional tenemos una crónica publicada en el semanario bajo el título *Roma a vista de OAC. Un vuelo al nido de las ACLI*; en ella explican el choque que les produjo la sociedad italiana frente a la miseria y la pobreza material y espiritual de la clase obrera española; la riqueza de medios organizativos, incluso el lujo y el derroche en las instalaciones elegidas para el evento, en contraste con la escasez de medios con que contaba la HOAC. El apoyo y el prestigio de las ACLI, en cuyo congreso se personó parte del gobierno democristiano con De Gasperi a la cabeza, chocaba con el cerco y el acoso al que la HOAC estaba siendo sometida en España por parte de las autoridades franquistas a sus escasos cuatro años de existencia. Fueron testigos de cómo la clase obrera italiana, libre para asociarse y organizarse, había conseguido niveles de bienestar económico importantes, como se veía en la forma de vestir, y también cultural, como se desprendía de lo atinado de su lenguaje y de lo preciso de sus formulaciones. Pero, sobre todo, descubrie-

ron a las ACLI como un movimiento fuertemente politizado y ligado a la DCI. El propio De Gasperi pronunció el discurso de apertura ante más de seiscientos delegados italianos y varias delegaciones de organizaciones obreras cristianas de Alemania Occidental, Holanda, Bélgica, Francia y España. Ante ellos defendió un modelo de presencia pública en los ámbitos políticos que impregnara las leyes fundamentales de valores cristianos en cada uno de los estados representados. Este era el modelo al que la jerarquía constantemente hacía referencia cuando trataba de reorientar el camino que debía seguir la HOAC.

El congreso les dio, además, la oportunidad de encontrarse con representantes de asociaciones europeas, encuentro fundamental para futuras relaciones. A partir de 1950, la presencia de la HOAC en Europa será continua, desde la convicción de que a través de dicha presencia los obreros católicos españoles tendrían el reconocimiento y el apoyo que se les negaba en el interior.

En 1951, dentro del marco de las relaciones internacionales que el equipo de Martín Artajo había diseñado en su relación con el Vaticano, la HOAC participó en el I Congreso de Apostolado Seglar celebrado en Roma a iniciativa de Vittorio Veronese, entonces presidente de la Acción Católica Italiana (ACI). Nuevamente, Manuel Castañón, en calidad de presidente de la HOAC, formó parte del comité preparatorio y viajó a Roma con la delegación española. La preparación del Congreso corrió a cargo de una comisión en la que España estuvo representada por Alberto Bonet, secretario de la Dirección Central de ACE.

El congreso planteó tres temas de vital importancia para el apostolado seglar: la formación, la presencia y el compromiso del laicado en el mundo. Para dar continuidad al trabajo iniciado, se creó el Comité Permanente de Congresos Internacionales (COPECIAL), organismo que potenció los estudios relativos al apostolado de los laicos, estudios que fueron la base de trabajos desarrollados años después en el Concilio Vaticano II. La creación del COPECIAL en el marco de la Guerra Fría se vio en España, por parte del colaboracionismo católico, como un gran logro en la lucha contra el comunismo, y, por consiguiente, un punto de encuentro con los intereses de Franco. Para la HOAC, sin embargo, era la oportunidad para afianzar apoyos en el exterior en plena crisis de 1951 provocada por los primeros enfrentamientos de la HOAC con el Régimen, enfrentamientos que se saldaron con el cierre del semanario obrero *¡TÚ!* En los días en que se desarrolló el congreso, tuvo lugar una reunión del Comité Directivo de la Asociación Internacional Social Cristiana (AISC), organismo de reciente creación en Bruselas que aspiraba a coordinar y reunir a los distintos movimientos católicos de la Europa recién liberada. Manuel Castañón, invitado en calidad de observador, pidió su incorporación como miembro de pleno derecho.

En febrero de 1953, se celebró en Munich una reunión de la sección obrera de la AISC; por primera vez la HOAC asistía a una reunión internacional como miembro participante con voz y voto. En esta reunión nació la Federación Internacional de Movimientos Obreros Católicos (FIMOC), que se irá articulando sobre la base de diferentes movimientos apostólicos y sociales de la Europa Occidental, entre ellos, las ACLI. La FIMOC recogió parte de las propuestas y experiencias del catolicismo de izquierdas, heredadas a su vez por algunos de los movimientos integrados en el seno del recién creado organismo internacional.

La FIMOC nació en la difícil coyuntura eclesial creada con la aparición de la encíclica de Pío XII *Humani Generis*. En 1946, sin romper con la etapa anterior, el sindicalismo católico seguía siendo fuertemente antisocialista; sin embargo, una parte de los católicos estaban cambiando debido a su experiencia de “resistencia” y encuentro con socialistas y sindicalistas de distinto signo en el frente de batalla, en los campos de concentración y en las cárceles, también en la resistencia armada. En los países en los que el fascismo y el nazismo habían abolido los sindicatos libres, los obreros católicos apoyaron la formación de sindicatos unitarios, tal es el caso de Italia que, a través de las ACLI convertidas en la expresión cristiana de la corriente sindical, apoyaron y se integraron en la CGIL. Pero la realidad sindical en España, no solo hacía inviable una asociación católica obrera semejante, sino que la hacía innecesaria al ser el Vertical la expresión y la práctica sindical del Estado nacionalcatólico. Por otra parte, la Acción Católica se había aliado en los años veinte y treinta con fuerzas conservadoras y se había granjeado las críticas y las suspicacias del Movimiento Obrero, a pesar del nacimiento de la JOC belga con Cardijn, cuyo modelo se extendería por todo el mundo en los años cuarenta y cincuenta. Frente a esta situación, el fenómeno más novedoso, fruto de la oportunidad que ofrecía la Europa recién liberada, fue la aparición del llamado “catolicismo de izquierdas”. La originalidad de esta tendencia enlaza con tradiciones y organizaciones anteriores a la II Guerra Mundial, entre ellas la JOC belga y la filosofía de Maritain y su obra *Humanismo Integral*, que en los años inmediatos a la Liberación, en el marco de la vertiginosa reconstrucción de Europa, fue cuajando en un rosario de organizaciones políticas, movimientos de apostolado y nuevas posiciones teológicas que, sin llegar a ser una tendencia dominante dentro del panorama católico europeo, va a conseguir una relevancia social en Italia, Bélgica, Suiza, Francia, Alemania, y, a partir de 1946, también en España, sin precedentes. La defensa de un catolicismo político plural, el compromiso del laico y su nuevo papel en la sociedad, la apertura a la colaboración organizativa incluso con los socialistas, o la necesidad de romper el cerrado mundo de las tradiciones impuestas en la

confrontación con la modernidad, son rasgos de los católicos de izquierdas que pronto chocaron con un movimiento sindical católico más pragmático y con una Democracia Cristiana menos idealista.

A principios de 1950 estas renovadas experiencias habían desaparecido en todas sus manifestaciones tras la publicación en tono de advertencia de la encíclica *Humani Generis* y el cambio de coyuntura de la Guerra Fría. Este es el momento en el que la HOAC da sus primeros pasos en el campo internacional deslumbrándose con la experiencia italiana. Pero habría que preguntarse en qué punto se encontraba el modelo aclista tomado como referencia por una parte de la jerarquía española y un grupo de responsables dentro de la estructura de la ACE, entre ellos Alberto Bonet. En 1950, el modelo aclista había cambiado debido a sus diferencias con el sindicalismo unitario y a las presiones para que fuese realmente la cantera electoral de la DCI.

En Italia, la experiencia de la colaboración en la Resistencia estuvo, como en otras naciones liberadas, en la base de la aparición de nuevas experiencias políticas y sociales que, aunque cortas en el espacio temporal, imprimieron nuevos rasgos en las relaciones de las organizaciones sociales y políticas que trabajaron por la reconstrucción del país. Entre ellas destaca, por su radicalidad, el Partido Comunista Cristiano (PCC), cuyo representante Franco Rodano fue invitado a formar parte de la dirección del PCI en 1943. En 1944, se fusionó con el Partido Social Cristiano para dar lugar al Partido de la Izquierda Cristiana, que llegó a contar con mil militantes en Roma. En diciembre de 1945 se disolvió para unirse al PCI terminando así con una de las pocas experiencias del comunismo cristiano independiente. La idea de ir más allá de un estricto partido católico encontró ardientes apoyos entre los católicos que militaban en la corriente de la Izquierda Católica dentro de la DCI, liderada por Dossetti. Durante la guerra, Giuseppe Dossetti, que había jugado un papel importante en la Resistencia civil, se había convencido de la inutilidad de un partido católico, llegando a afirmar en 1943 que “los partidos católicos se han convertido en una realidad anticuada”. Sin embargo, un año más tarde, se integraron en el único partido católico de Italia, la DCI, como corriente en la que militaban democristianos como Giorgio La Pira y Amintore Fanfani, defendiendo su propio programa. Entre 1947 y 1951, años en los que se desarrollaron los primeros contactos de la HOAC con las ACLI, combatieron frontalmente las tendencias centristas y conservadoras de la DCI, defendiendo los principios de la justicia social y atacando de forma continuada los principios del liberalismo económico, aspirando a la formación de un partido profundamente espiritual y socialmente justo. Sin embargo, la DCI era profundamente liberal en lo económico, rasgo que se acentuó a partir de 1947 con la llegada de ministros liberales al gobierno y los apoyos de empresa-

rios que vieron en la DC un futuro más amplio para sus intereses. Los choques con el progresismo dossettiano no se hicieron esperar en un clima en el que la permisiva oportunidad de la colaboración posbélica empezó a ser duramente combatida por el propio Vaticano.

En el caso de las ACLI, la convivencia de los obreros católicos con diversas posiciones sindicales y políticas, y su deseo de no ser absorbidos por la fuerte presencia del pensamiento marxista, les había llevado a celebrar unas jornadas de estudio convocadas por el Instituto Católico de Actividad Social (ICAS) en las que participaron miembros de la DC y la AC. Para M. Cristina Sermanni, gran conocedora de las ACLI, estas nacieron en una reunión celebrada el 14 de junio de 1944, en paralelo al nacimiento de la CGIL. Considera como fundadores a Achille Grandi, Vittorio Veronese, director del ICAS, Luigi Palma, dirigente de la Presidencia Central de la ACI, Lumberto Giannitelli y Giulio Pastore, sindicalistas y representantes de la DC en la nueva asociación, Piercostante Righini de la Juventud Italiana Obrera Cristiana y Silvestra Tea Sesini de la Unión de Mujeres de AC y representante del sector femenino de la DC; todos estuvieron presentes en la reunión en que por primera vez se habló de la idea y de la naturaleza de la nueva asociación. Para Achille Grandi, la nueva asociación obrera debía tener una doble función formativa y presindical o parasindical; afirmaba que, una vez realizada la unidad sindical en la CGIL, el compromiso de las ACLI debía ser la preparación de todos los católicos para la vida sindical, subrayando su valor de intermediación entre las fuerzas católicas ya organizadas políticamente en la DC y el mundo del trabajo agrupado en la CGIL. Para obtener la autorización de la Santa Sede, se sirvió de la autoridad de la ACI, especialmente de Vittorio Veronese y sus contactos, logrando a través de Montini una audiencia privada con Pío XII al que presentaron el proyecto. El papa dio su “consentimiento tácito” condicionado al buen éxito de la empresa. Las ACLI se presentaron en un acto público celebrado el 26 de agosto de 1944 en Santa María Sopra Minerva, actuando como presidente Achille Grandi, vicepresidente Vittorio Veronese y asistente eclesiástico Mons. Civardi. El modelo aclista, bendecido por Pío XII y apoyado en valedores tan importantes como Montini y la propia DCI, apenas tenía dos años de vida cuando fue presentado como posible modelo a seguir por la futura HOAC.

III. EL MODELO ACLISTA EN SU CONFRONTACIÓN CON LA HOAC

Visto desde la situación española, el modelo aclista presentaba varios problemas. En primer lugar, la existencia de una clase obrera en permanente situación de posguerra, carente de libertades para asociarse o para tomar iniciativas

en el mundo del trabajo a favor de su mejora y promoción. En segundo lugar, una situación política de dictadura, bendecida por la Iglesia en su lucha contra los enemigos de la religión. Esta situación había abierto las puertas del Sindicato franquista a las Asesorías Eclesiásticas en su labor de recristianización de la sociedad. La situación española realmente tenía en 1946 muchas similitudes con Italia, pero con la Italia fascista, no en vano la Asesoría Eclesiástica de Sindicatos nos recuerda a la organización italiana ONARNO (Opera Nazionale Assistenza Religiosa e Morale degli Operai), creada por Ferdinando Baldelli en 1930 con el fin de contribuir a la formación religiosa y moral de los trabajadores en su lugar de trabajo y coordinar a los capellanes dedicados a estas tareas; profundamente anticomunista, con la caída del fascismo perdió gran parte de su influencia entre los trabajadores que la acusaban de paternalista y colaboracionista. A partir de 1944 tuvo muchos problemas con las ACLI, que desarrollaban su compromiso dentro de la CGIL, pero los inicios de la Guerra Fría le dieron nuevos impulsos de la mano de los americanos que apoyaron su claro perfil anticomunista financiando alguna de sus campañas. En España, desde 1944, las Asesorías Eclesiásticas, nacidas a iniciativa del Delegado Nacional de Sindicatos, Fermín Sanz Osorio, cumplieron una tarea similar: “recibir, incorporar y desenvolver la colaboración de la Iglesia en el seno mismo de la Organización Sindical en orden a la orientación cristiana (...)”. A través de las Asesorías, la Iglesia logró entrar dentro de la Organización Sindical franquista controlada por el sector falangista y desarrollar un trabajo de orientación y asesoramiento entre los trabajadores, pero con su presencia legitimaba a la institución como católica y bendecía su trabajo de control sobre la clase trabajadora. Así pues, en 1946, cuando Pío XII señala la necesidad de desarrollar organizaciones obreras católicas que hiciesen viable un trabajo de apostolado moderno entre la clase obrera española, el modelo aclista, sujeto a las condiciones políticas y eclesiales italianas del momento, no se veía posible, excepto si lo hacía dentro de la AC, sobre la que la Jerarquía eclesiástica tenía pleno control. El tercer problema radica en la propia naturaleza de la HOAC como organización obrera en el seno de la ACE. Las *Normas para la Especialización Obrera de la AC* abrieron esa posibilidad cambiando el método: la evangelización por los iguales, la formación de obreros para el apostolado bajo la estricta vigilancia de la jerarquía. La misión específica de la especialización obrera, según las Normas para la Especialización, era “difundir en todo el ámbito de la nación, entre las clases obreras, un alto ideal de conquista espiritual del pueblo para Cristo y de conquista social de un bienestar para todos”, y hacerlo organizativamente dentro de la ACE “sin daño de su unidad, dentro de sus cuatro Ramas”..

La HOAC, en su origen, es obra de la jerarquía, es el fruto de un proyecto jerárquico al que se incorporan los seglares. Un proyecto fruto de una coyuntura política y de una necesidad pastoral al que se da cabida en el seno de la ACE, para ponerlo a resguardo de injerencias no deseadas. Sin embargo, las ACLI nacen a iniciativa de seglares con un marcado perfil político y sindical, muchos procedentes de la ACI, pero fuera de la estructura de una Acción Católica organizada por Ramas como la española, con la que tendrán más de un desencuentro a pesar de haber sido la cantera de militantes aclistas en la CGIL.

En 1950, cuando Manuel Castañón, presidente de la HOAC, comienza a tener contactos con las ACLI en su III Congreso y, posteriormente, en la fundación de la FIMOC, la coyuntura favorable de los primeros años de la Liberación estaba dando paso a las primeras manifestaciones de la Guerra Fría, pasando entre los católicos “de la autorización a la prohibición”. En Italia, el impacto del Plan Marshall fue determinante. La necesidad de ayuda en el proceso de reconstrucción tras la guerra y la presión sobre el gobierno de De Gasperi para obtener el apoyo de EEUU fueron escorando a la DCI hacia posturas cada vez más conservadoras. En 1947, el sector más progresista con Dossetti a la cabeza, había fundado la revista *Crónicas Sociales*, cuyo esfuerzo de información y análisis de la vida social y económica italiana respondía a la necesidad de formar líderes católicos tras el éxito electoral de los democristianos. La llegada del sector liberal al gobierno hacía necesaria la formación de un partido más popular y menos elitista, donde los ciudadanos tuvieran una participación activa en la formulación de medidas sociales compatibles con la Constitución de la República. Esta concepción del partido, en el que se reconocían como corriente, se basaba además en el papel “autónomo y responsable del laicado (...) alejándose de una concepción que por entonces prevalecía en la eclesiología, especialmente en la Acción Católica encabezada por Luigi Gedda; según esta concepción, la unidad política era casi una proyección terrenal del cuerpo místico de Cristo entendida como una unidad jurídica y organizativa estructurada según unos principios jerárquicos”. Consideraban los responsables de *Crónicas Sociales* que la lucha contra el comunismo no debía tener como consecuencia la defensa del orden existente, sino el carácter propositivo de un orden social más justo, convirtiendo el bloque anticomunista en un bloque progresista. A partir de 1948, frente a los liberales de su propio partido, empezaron a defender una política de intervención estatal orientada a emprender reformas dentro de un programa económico y social más solidario. Lo hicieron a través de artículos en los que se puede entrever la defensa de un pensamiento social asumido por grupos de la izquierda cristiana europea fuertemente influidos por el laborismo inglés del momento,

pero las diferencias sobre la política atlántica tensaron cada vez más las relaciones al interior de la DCI.

Entre 1949 y 1950, la conflictividad social, obrera y campesina, creció y De Gasperi, con un liderazgo puesto en entredicho, volvió a confiar en Dossetti para salvar la situación. Este es el momento político en que se desarrolla el III Congreso de las ACLI, en el que intervienen los líderes de la DC incluido Dossetti; en él redefinieron su propio rol, pasando de ser la expresión de la corriente sindical cristiana en la CGIL a constituirse en Movimiento Social de los Trabajadores Cristianos. El modelo de referencia, señalado por Pío XII al episcopado español, había cambiado ante la necesidad de acomodarse a la nueva situación creada tras la ruptura de la unidad sindical en 1948 y la aparición de la CISL (Confederazione Italiana Sindacati Lavoratori) liderada por Guido Pastore.

En paralelo, el desarrollo de la HOAC como Movimiento Apostólico Obrero de AC presentó problemas desde el momento preciso de su formación. Es necesario tener en cuenta en este punto que la creación de Movimientos Apostólicos Obreros no fue un hecho aceptado por todo el episcopado de manera unánime, ya que suponía un cambio de amplio calado en el seno de la Acción Católica. En el caso de la masa obrera, como hemos señalado, era necesario un cambio de estilo, un acercamiento a su ambiente y a sus preocupaciones que hiciese atrayente al nuevo modelo evangelizador y a sus militantes. La evangelización de los ambientes chocaba con un modelo general de peregrinaciones, catequesis y procesiones que debían movilizar a una masa supuestamente católica en un Estado católico. Al interior de la propia AC, la especialización fue vista por muchos como un peligro para la propia estructura jerarquizada por Ramas que posibilitaba un claro control del laicado. La creación de movimientos especializados dentro de la ACE fue una decisión innovadora que no todos aceptaron.

Desde el momento mismo de la aparición y extensión de la HOAC por las diócesis, las presiones sobre Guillermo Roviroso fueron constantes. A pesar de haber sido encargado por el Consejo Superior de los Hombres para hacer viable el proyecto, centralizó en su persona gran parte de las críticas al negarse a convertir a los obreros que se acercaban a la HOAC en la base de una futura DC, desarrollando junto a los primeros militantes y colaboradores un movimiento apostólico cuyo objetivo debía ser la evangelización. La trayectoria personal y la formación intelectual de Roviroso, junto a la labor de los primeros hoacistas, fueron desligando a la nueva organización de experiencias anteriores, presentándola como algo distinto, en palabras de Ángel Ruiz Camps “como una organización apostólica para obreros, por los obreros y con los obreros, sin injeren-

cias indeseables de prohombres conservadores y bien pensantes, ni de patronos ni de poderes públicos, pero siempre dentro de la Iglesia fuera de la cual no habría hecho nada positivo”. La llegada de Enrique Valcarce Alfayate a la consiliaría del Consejo Superior de los Hombres de AC tensó una situación que fue en aumento hasta desembocar en la primera gran crisis del movimiento en 1951. Prohibió expresamente la distribución del *Manifiesto Comunitarista* de Rovirosa, entorpeció el desarrollo de los GOES (Grupos Obreros de Estudios Sociales) y la distribución de distintos escritos destinados a orientar la formación de centros HOAC en las diócesis. Tampoco la cúpula de la ACE, con Alberto Bonet al frente, permitió plantear la unión de los movimientos obreros de las cuatro Ramas o el nacimiento de una organización que atendiese a los niños trabajadores ante la proliferación de la mano de obra infantil en los centros de trabajo: “Necesitamos unión porque necesitamos fuerza –defendía públicamente Rovirosa–. Un joven obrero piensa ya como un adulto y podemos hablarle por tanto, con un lenguaje muy parecido”. Las prohibiciones venían envueltas en críticas que le acusaban de temporalista, autodidacta y comunista camuflado, y de alentar una publicación como el *¡TÚ!* que, con su información netamente obrera, ponía en entredicho la colaboración de los políticos católicos con el Régimen en un momento de especial dificultad.

El viaje a Roma de Manuel Castañón se produjo en medio de una situación de desconfianza que contrastaba con el apoyo que las autoridades políticas, sindicales y eclesiales presentes en su congreso manifestaron hacia las ACLI, en un momento de redefinición de su finalidad y naturaleza. A lo largo de 1949, la vigilancia sobre la HOAC por parte del sector falangista fue incrementándose. Antes del verano ya se había dirigido el director general de prensa a monseñor Zacarías de Vizcarra acusando al *¡TÚ!* de plantear en sus páginas problemas políticos y sociales que descalificaban claramente al régimen. Los falangistas criticaban abiertamente a la HOAC acusándola de suplantar a Falange “monopolizando el catolicismo y creando confusión al servicio de una política oscura”; la Guardia de Franco de Toledo pedía a Falange que vigilase de cerca a los militantes de la HOAC porque “tenían ideales contrarios al régimen”; en Ferrol orchestaron incluso una campaña difamatoria a través de su emisora de radio.

A la pregunta sobre la necesidad o no del compromiso aclista una vez rota la unidad sindical, la respuesta había sido redefinirse como movimiento social con una amplia base de apoyos ciertamente interesados. Pero esa misma pregunta hecha en España sobre la necesidad o no de un movimiento apostólico que no se doblegaba a colaborar con la Organización Sindical, tuvo como respuesta la suspensión del órgano de difusión sobre el que descansaba una gran parte del trabajo formativo y difusor de la HOAC. La información sobre la

huelga de los tranvías de Barcelona en la primavera de 1951 fue la excusa para prohibir definitivamente la publicación del semanario *¡TÚ!* A partir de ese momento, la HOAC, para sobrevivir, tuvo que hacer frente a dos cuestiones: la necesidad de redefinir su tarea apostólica, pasando a ser la formación el centro de su quehacer, y la defensa de su autonomía frente a las presiones de quienes pretendían llevarla hacia posiciones democristianas. Estas presiones estarán presentes en la vida de la HOAC durante toda la década de los 50.

IV. DEFENSA DEL MODELO. APOSTÓLICO DE LA HOAC EN LOS AÑOS 50

La llegada de Tomás Malagón a la consiliaría en 1954 y la puesta en pie del Plan Cíclico facilitaron a generaciones de militantes una formación para la acción y fueron alejando la posibilidad de moldear a la HOAC dentro del modelo de referencia jerárquico. En la *Declaración de la HOAC al I Congreso de la FIMOC*, celebrado en Düsseldorf en 1955, Guillermo Rovirosa explicó la diversidad de movimientos y asociaciones obreras cristianas coordinadas en la federación, agrupándolas en: movimientos obreros centrados en lo económico, lo sindical y lo político, cuyo acento destaca la necesidad de programas de realizaciones inmediatas; movimientos obreros centrados en lo económico, lo sindical y lo político con una formación sobrenatural que potencian al mismo tiempo una doctrina como visión de futuro y un programa de realizaciones inmediatas, línea en las que sitúa a las ACLI; y movimientos obreros estrictamente apostólicos en el marco de la Acción Católica, sin acción directa sobre lo económico, lo sindical y lo político, cuya misión consiste en la promoción obrera y cristiana de sus militantes para que, bajo su responsabilidad, se comprometan en lo económico, lo sindical y lo político para ser testigos de Cristo en esos campos de actividad. En este último grupo sitúa a la HOAC junto con la HOACF, la ACO francesa y la ACO suiza. Esta autocomprensión públicamente expresada en un escenario internacional fue, entre otros, motivo para prohibir a Guillermo Rovirosa su salida de España para participar en eventos internacionales.

Ya hemos señalado cómo, tras la crisis de 1951, la posición de la HOAC en el seno de la AC se había complicado hasta hacerse incómoda. A partir de 1953, la formación de militantes se tradujo en un compromiso individual y en una presencia en la sociedad apoyada por el compromiso organizativo de la HOAC. Los frutos del Plan Cíclico coincidieron en el tiempo con los primeros signos de reactivación del movimiento obrero en el interior. Las manifestaciones de una incipiente oposición obrera corrieron paralelas al reconocimiento pleno del régimen de Franco en el exterior. El ingreso de España en la ONU en 1955 marcó

el fin del aislamiento y consolidó el Régimen. Los conflictos obreros y estudiantiles culminaron en las huelgas de 1956. La presencia de los hoacistas en los conflictos obreros se hizo cada vez más frecuente y las denuncias y acusaciones sobre la HOAC arreciaron. Se la acusaba de temporalismo y filomarxismo, así como de ampararse en la ACE y sus privilegios concordatarios sin cumplir la misión para la que había sido creada. A partir de 1956, la celebración del 1º de Mayo fue otro punto de desencuentro con las autoridades políticas y sindicales.

Dentro del mundo católico, el primer intento de “cristianizar” la fiesta del 1º de Mayo se produjo en 1954 de la mano de las ACLI de Milán, que protagonizaron una manifestación en la plaza de San Pedro en la que popularizaron el eslogan “battezzare il 1º maggio”, reivindicando la fiesta del trabajo en un intento de quitar a los marxistas el privilegio de celebrar una fiesta que creían exclusivamente suya. La reacción de una parte de la jerarquía fue acusar a las ACLI de querer desarrollar un programa filomarxista; especialmente duras fueron las acusaciones de don Sturzo que señaló públicamente a las ACLI de Milán de querer formar un “partido laborista” y de ser “un caballo de Troya dentro de la DC”. En 1955, en la plaza de San Pedro, Pío XII, ante una gran concentración de aclistas, “bautizó” la fiesta obrera del 1º de Mayo consagrándola a San José Artesano.

En 1956, se celebró por primera vez el 1º de Mayo como fiesta cristiana del trabajo. Con el lema “Obreros de todo el mundo unámonos en Cristo”, se convocó un encuentro internacional en Milán presidido por el arzobispo Montini. La preparación del evento corrió a cargo de las ACLI. Entre las delegaciones asistentes encontramos dos españolas, una compuesta por militantes y dirigentes de la HOAC y de la ACO catalana, otra con representantes del Sindicato oficial. No obstante, en Milán, los representantes de la HOAC, como miembros de FIMOC, ostentaron la representación oficial en todos los actos, lo que derivó en nuevos choques con los gobernadores civiles en el interior. La presencia internacional de la HOAC era ya un obstáculo que afectaba a la legitimidad y al reconocimiento internacional del Sindicato Vertical. Las presiones y acusaciones sobre Guillermo Roviroso llegaron al mismo Cardenal Pla i Deniel que, en mayo de 1957, comunicó a Tomás Malagón la decisión de apartar a Roviroso de toda actividad en la CN de la HOAC: “Tenéis que imponeros la misma orientación de las ACLI tan queridas por el Papa. Roviroso que no mande”. Con esta decisión, ratificada por el secretario de la Junta Técnica de AC, Alberto Bonet, y por el consiliario en funciones, Vicente Enrique y Tarancón, se abría nuevamente la posibilidad de un giro forzado hacia el confesionalismo político que se quería para la HOAC.

La política aperturista de Joaquín Ruiz Giménez y la crisis de gobierno desatada con los acontecimientos de 1956 marcan el agotamiento del colaboracionismo católico y el inicio de una nueva etapa. A finales de los años cuarenta, comenzó a surgir una Democracia Cristiana, de cuyo seno fueron emergiendo grupos que pronto entraron en competencia entre sí. Uno de estos grupos estuvo liderado por Rodríguez Soler, cuya crítica moderada al Régimen encontró eco en el Consejo Superior de los Hombres al que pertenecía y también entre algunos militantes de la HOAC. Los llamados “Cafés Rodríguez Soler” se habían convertido en un foro de expresión de la ideología democristiana, en consonancia con los vientos de Europa y tomando como referencia a la democracia cristiana italiana. La cambiante coyuntura de 1956 propició el salto cualitativo que supone el paso a la formación de partidos democristianos. Las relaciones personales de algunos militantes de la HOAC con Rodríguez Soler eran conocidas en el seno de la Comisión Nacional, también los continuados intentos de Gil Robles para entrevistarse con Rovirosa y las negativas de este aduciendo que no tenía nada que decirle. El problema surgió cuando el propio presidente, Manuel Castañón, empezó a tener contactos con el grupo de Rodríguez Soler y a considerar como posible el proyecto confesional al que no era ajeno Alberto Bonet. El presidente de la HOAC no solo podía ser un “enlace” con los democristianos en el interior, sino también con el exterior debido a sus relaciones con Dino Penazzato, presidente de las ACLI, en estos momentos foco de todas las críticas por haber apoyado a la corriente de centroizquierda *Rinnovamento* dentro de la DCI. Proyectando la imagen de un grupo de presión, las ACLI seguían siendo en España el modelo a seguir.

La vida interna de la HOAC se llenó de desconfianza y recelo. El retiro de Rovirosa a la abadía de Montserrat, su salida de la Comisión Nacional y el silencio impuesto a Tomás Malagón, al negarle la posibilidad de dar una explicación clara a los militantes de las diócesis, agudizaron la tensión, las preguntas y el desconcierto en el seno de la HOAC. La salida de Rovirosa no tuvo el efecto deseado por quienes lo veían como un obstáculo para el desarrollo de la HOAC, por ello, a partir de 1958, Tomás Malagón se convirtió en el blanco de todas las críticas. Fue sometido a una estrecha vigilancia por parte del Secretariado del Episcopado, órgano del que comenzaron a depender los movimientos apostólicos obreros en temas doctrinales, y se nombraron censores que revisaron los planteamientos teológicos de sus cursillos. La crisis abierta en la HOAC se cerró con el nombramiento de Teófilo Pérez Rey como presidente en 1959, apoyado por una mayoría de hoacistas que querían seguir manteniendo la independencia respecto a partidos y sindicatos, y por un cambio de coyuntura que abría paso al Concilio y a las consecuencias de la Estabilización. Durante su etapa, las rela-

ciones con las ACLI continuaron en el seno de la FIMOC orientando y acompañando a los trabajadores italianos y españoles emigrantes dentro de Europa, y compartiendo el trabajo preparatorio que dio lugar al nacimiento del Movimiento Mundial de los Trabajadores Cristianos (MMTC) en 1966. En paralelo, la idea de la autonomía respecto a la DC y la CSIL fue abriéndose paso en el interior de las ACLI. En 1961 el líder de las ACLI de Milán, la más crítica con los excesos de las relaciones con la DC, Livio LAVOR, fue nombrado nuevo presidente.

V. CONCLUSIONES

Tras esta breve exposición, podemos concluir que las ACLI, como modelo para la configuración y desarrollo de la HOAC, fueron un modelo presente pero fallido. El modelo aclista fuera de las circunstancias socioeconómicas, políticas y eclesiales en las que apareció, era un modelo imposible de encajar en las circunstancias españolas; como señala Moreno Juste “(...) el modelo español no se correspondía con el modelo europeo de posguerra (...) ni el nacionalcatolicismo es homologable a la democracia europea de posguerra”. Ni las condiciones impuestas por una dictadura militar, ni la expresión de un sindicalismo autoritario que se arrogaba la representación de todos los obreros españoles, ni la institución eclesial en la que nace la HOAC, la ACE, hicieron viable el desarrollo del modelo en España. El modelo aclista de los años 40 y 50, hábilmente instalado entre un sindicalismo de inspiración cristiana y un partido democristiano en el poder, tenía un difícil encaje en la realidad política y eclesial española. Lo que permaneció durante toda la década de los 50 fue el objetivo inicial al que supuestamente podía dar respuesta el modelo: hacer de la HOAC la base obrera de partidos democristianos. Este es el centro de todas las acusaciones y presiones de los años 50 sobre la HOAC y sus militantes, tanto por las autoridades políticas como por la jerarquía eclesiástica.

No obstante, fueron los primeros militantes, con Guillermo Rovirosa a la cabeza, los que le dieron la impronta de un Movimiento Apostólico Obrero. La HOAC debía acometer una tarea evangelizadora desde las circunstancias reales de la clase obrera española, libre de ataduras políticas y sindicales de carácter confesional. La defensa de esta autonomía, que respondía en última instancia a la necesaria coherencia con su compromiso evangelizador, hizo de la HOAC una organización renovada y precursora del Concilio Vaticano II. La HOAC siguió, en palabras de Gerd-Rainer Horm, “su propia hoja de ruta”, convirtiendo la década de los 50 en años de oportunidad más allá de la crisis de 1951 y de las condenas de la *Humani Generis*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barba, Donato. *La Democracia Cristiana*. Madrid: Ed. Encuentro, 2001.
- Casula, Carlo F. *Le frontiere delle ACLI*. Roma: Ed. Lavoro, 2001.
- Horn, Gerd-Rainer y Emmanuel Gerard. Editores. *Left Catholicism, 1943-1955. Catholics and Society in West Europe at the Point of Liberation*. Lovaina: Ed. KADOC, 2001.
- López Gallego, María Silvia. “La difícil relación de la Iglesia y la organización sindical española durante el Franquismo: la creación de la Asesoría Eclesiástica de Sindicatos (1944-1959)”. *Hispania Sacra* 56 (2004): 661-686.
- López García, Basilisa. *Aproximación a la Historia de la HOAC, 1946-1981*. Madrid: Ed. HOAC, 1995.
- López García, Basilisa. *Obreros y cristianos en Europa. Relaciones Internacionales de la HOAC (1946-1975)*. Murcia: Ed. Servicio de Publicaciones de la UMU, Ed. HOAC, 2005.
- Moreno Juste, Antonio. “La política europea de los católicos españoles en los años 40 y 50”. En *La Internacional Católica. Pax Romana en la política europea de posguerra*, coordinado por Glicerio Sánchez Recio, 175-212. Alicante: Ed. Biblioteca Nueva, 2005.
- Parisella, Antonio. “Movimientos Cristianos y partidos de izquierdas en Italia (1938-1958)”. En *Left Catholicism, 1943-1955. Catholics and Society in West Europe at the Point of Liberation*, editado por Gerd-Rainer Horn y Emmanuel Gerard, 142-175. Lovaina: Leuven University Press, 2001.
- Roviroso, Guillermo. “Cooperación y Comunidad”. En *Obras Completas*, Tomo I, editado por Ángel Ruiz Camps. Madrid: Ed. HOAC, 1995.
- Roviroso, Guillermo. “Reflexión cristiana. Textos socioeconómicos”. En *Obras Completas*, Tomo III, editado por Ángel Ruiz Camps. Madrid: Ed. HOAC, 1996.
- Roviroso, Guillermo. “HOAC: ¿qué es esto?”. En *Obras Completas*, Tomo III, editado por Ángel Ruiz Camps. Madrid: Ed. HOAC, 1996.
- Sermanni, M. Cristina. *Le ACLI: dal ruolo formativo al impegno politico sindacale, 1944-1961*. Nápoles: Ed. Dehoniane, 1978.
- Torre Santos, Jorge. “Sindicatos y unidad sindical en la Italia republicana”. *Historia, Trabajo y Sociedad* 3 (2012): 35-60.
- Van Kemseke, Peter. “De la autorización a la prohibición. El impacto del cambiante contexto internacional sobre el catolicismo de izquierdas en Europa”. En *Left Catholicism, 1943-1955. Catholics and Society in West Europe at the Point of Liberation*, editado por Gerd-Rainer Horn y Emmanuel Gerard, 247-268. Lovaina: Leuven University Press, 2001.
- Vecchio, Giorgio: “El catolicismo de izquierdas y las experiencias “en la frontera” de la Iglesia italiana”. En *Left Catholicism, 1943-1955. Catholics and Society in West Europe at the Point of Liberation*, editado por Gerd-Rainer

Horn y Emmanuel Gerard, 174-195. Lovaina: Leuven University Press, 2001.

DOCUMENTOS

“A Zacarías de Vizcarra, al Cardenal Primado y Alberto Bonet”, 20 de enero de 1950. Fondo Teófilo Pérez Rey, Archivo General de la Universidad de Navarra.

Carta de Tomás Aparici Aragón a D. Tomás Malagón. Valencia, 23 de diciembre de 1957. Archivo Tomás Malagón (ATM).

Entrevista a Teófilo Pérez Rey realizada por Basilisa López García en Gijón, 12 de agosto de 1990.

Entrevista a Gerd-Rainer Horm, en *Noticias Obreras*, n.º 1548, junio de 2013.

“Hay un ansia de justicia social que debe ser saciada”, *¡TÚ!*, 15 de noviembre de 1946.

Memoria-Resumen de las actividades de la CN durante el curso 1955-1956. XI Semana Nacional de la HOAC. Archivo de la Comisión General de la HOAC (ACGHOAC), caja 21, carpeta 4.

“Normas Generales para la Especialización Obrera de la Acción Católica Española”, *Ecclesia*, año VII, n.º 336, diciembre de 1947.

¡TÚ!, 18 de noviembre de 1950.

Basilisa López García
Catedrática de Secundaria, jubilada